

Tendría yo diez años, once a lo sumo, cuando Juan Bonafé –un jovencito entonces, de diecinueve o veinte años- apareció por el estudio de Pedro Flores y Luis Garay; yo no me encontraba allí por casualidad, sino porque dicho estudio (calle de Santa Gertrudis, número dos, o doce, segundo) no era más que una simple habitación de mi casa, que mis padres, modestísimos, por ayudarse un poco, les habían “realquilado”. (Por cierto que los “biógrafos” que he podido tener, han hecho siempre brotar mi *decisión* pictórica, como si fuera por contagio, de ese *estudio* o *taller* un tanto casero y sin bohemia, pero la verdad es que cuando Flores y Garay se instalaron con sus caballetes, sus colores y sus “zuloaguescos” cuadros en la casa de mis padres, hacía ya mucho que yo dibujaba y pintaba con furor, sin interrupción, sin... *distracción* alguna, o sea, sin infancia, sin juegos, incluso sin estudios; no dibujaba ni pintaba como un niño, es decir, no dibujaba ni pintaba bien, como siempre dibujan y pintan bien los niños que no van a ser pintores, sino atrevidamente mal, como esos otros niños que sí van a serlo –mejores o peores, pues esa es ya otra cuestión y otra historia-, como esos otros que van a ser pintores irremediabilmente, fatalmente. A Flores y a Garay les debo muchísimo –sobre todo a Perico, y... ahora me parece entrever que también a Joaquín-, pero no les debo, en absoluto, mi vocación misma, ni siquiera el *descubrimiento* y la *conciencia* de mi vocación; en aquel entonces, hacia 1919, cuando me topé con ellos, yo ya vivía encerrado, encarcelado, en lo más propio y hondo de mi persona.)

El joven Juan Bonafé –hijo de una madre medio francesa y del famoso actor del mismo nombre- no era, en realidad, madrileño, pero... sí *de Madrid*, muy de Madrid, aunque también *muy de Murcia*, sobre todo durante los veranos, esos veranos de La Alberca que la familia Bonafé-Bourguignon podía a veces alargar hasta... diciembre. Recuerdo muy bien esa rara –y ¡armonizada!- combinación de madrileñismo y murcianismo, la percibí enseguida como algo muy... simpático., Porque lo que yo entonces respiraba –aparte, claro, de ese rincón íntimo, sanguíneo, que venían a ser mis padres-, lo que yo conocía muy bien era ese plato castizo, regional, gustoso y un tanto fuerte que se guisaba todos los días en el estudio de Santa Gertrudis, condimentado con la lengua feroz de Joaquín, los brutales juicios de Flores, el caricaturismo de Garay, la estupenda rusticidad de Clemente; junto a todo eso –muy valioso, sin duda, para mí, pero un poco... barbárico-, la forma de expresarse de Bonafé sobre pintura, el... estilo, digamos, de estar en relación con ella, me pareció como más... amistoso, más amoroso, más tierno, más flexible.

Aún no habíamos visto pintura suya; en 1927, por fin, ya caído el verano, subimos una tarde hasta su casa de La Alberca, y conocimos a su familia y al compañero de su primera juventud, el también pintor Esteban Vicente; comentando después la pintura de uno y otro, me parece recordar que a Garay le habían gustado mucho los cuadros de Esteban, y a Flores más bien los cuadros de Juan; yo callaba, pues no quería confesar, ni confesarme, que no me gustaba todo aquello, como tampoco me gustaba lo que pintábamos nosotros mismos. Pero en los cuadros de Bonafé –que apenas me habían gustado-, de pronto, y muy sorprendentemente, me topaba, con una... cualidad, o mejor, con... algo, con un algo que no sabía muy bien qué cosa era, ni qué nombre tenía, y que no encontraba, en absoluto, en los cuadros de su gran amigo Esteban Vicente –por ejemplo-, ni en los de otros muchos pintores mayores, como pude comprender más tarde; había individuado algo, diríase, tan decisivo, tan decididamente

importante para la propia existencia de la pintura, que hacía inútil el hecho mismo –un poco tonto y pueril-, de que me gustaran o no sus cuadros. No se trataba propiamente de un valor, sino de una sustancia; era algo así como una... primordial y central sustancia de la Pintura: eso es todo. Y eso, tan sencillo, que en el primer momento no parecía ser mucho, resultaba, en cambio, ser... como una ley, una ley fija, viva. Era como una ley natural, de la naturaleza, algo, pues, que traía consigo la pintura, la naturalidad de la Pintura.

Ahora me explicaba mucho mejor el fenómeno que ya registrara, un poco a ciegas, tantas veces; es decir, comprendía muy bien por qué un modestísimo cuadro, por ejemplo, de Corot –con un poco de sol en un muro romano-, o un boceto de Constable –con un poco de agua-, o unos trozos de Sesshu –con un poco de niebla o de aire- seguían estando aquí y ahora, con su pequeña e importantísima vida presente y, en cambio, toda la muy considerable y... admirable obra de Alberto Durero, pongamos por caso, yace desde un principio siempre continuadamente, en su tumba originaria.